

EXPOSICIONES DE PINTURA EN MADRID

*Vidal y Cuadras,
en la Galería Palma*

UNA pintura interesante la de este joven artista, que ha residido años en París y Buenos Aires y que, de alguna forma, refleja en su arte los diversos estímulos que lo han ido formando.

Si yo dijera que en su trabajo este pintor se «busca a sí mismo», trata de identificar su verbo propio —la gestión más decisiva, sin duda, de un plástico moderno—, creería hacerle justicia, agregando de paso que a través de su inquieta experimentación creo descubrir a un artista exigente, disciplinado, auténtico.

Paisajes urbanos de París, bodegones de una gran modestia en el tema y en el tratado colorista —levemente agrio tal vez—. Gammas frías, ascéticas, de un mordiente literario a lo Solana; es decir, impregnadas de un cierto tetrismo, de una lúgubre acritud, que informa un dibujo seguro, algo duro de línea por el momento.

La forma excesivamente directa o enteriza con que presenta sus temas, con todo el cuadro en primer plano, puede sugerir alguna rigidez —en las viejas fachadas de la ciudad del Sena sobre todo—, salvada acaso por la interpretación patética, que prepondera.

Creemos que estos bellos fragmentos ganarían en sugerencia y en profundidad si el pintor cuidase algo más la atmósfera y el valor de los términos, aunque ello perjudicase el detalle descriptivo y la sensación en bloque compacto, creo que demasiado compacto en su trabajo actual, tan cordialmente convincente de todas formas.

*José Togores, en el
Museo de Arte Moderno*

Lamento tener que informarles de mi vasta decepción ante esta «suite» de cuadros religiosos de Togores, pintor que un día hizo concebir grandes esperanzas.

Entre lo ñoño y lo lagrimeante emotivo transcurren sus versiones de temas sacros, instrumentados con pericia de cronificador o de estampista de un gusto flácido y por demás sacarinoso. Yo no encuentro en casi ningún momento de su trabajo la entrañada pasión que podría atribuirle beligerancia artística —como se la atribuyó a las páginas de Rouault o de José Solana—. Yo siento no poder advertir más que sensiblería, acritud de color, simbolismo y técnica de cromo. El pintor cabal sólo aparece en algunos fondos o detalles bien tratados, reabsorbidos, por otra parte, por la absoluta inanidad del conjunto. Digo que lo siento, porque Togores pudo ser, efectivamente, un artista sólido y renovador. Me veo obligado a confesar que lo más sugestivo de su exposición es su prólogo al catálogo, en el que, entre una porción de cosas discutibles, dice algunas otras probablemente sagaces y desinteresadas.

*Rafael Pellicer, en el
Círculo de Bellas Artes*

Rafael Pellicer, pintor consagrado por sus éxitos en distintas Exposiciones Nacionales, tiene muchos incondicionales entre un público que estima su paleta densísima, su amarrado dibujo acadé-

mico y la fidelidad extremada al modelo, según la tradición del que se ha dado en llamar «realismo español».

Su exposición actual responde con creces a estas características. Retratos y temas religiosos la componen. Aquéllos, en los que intuimos un gran parecido, demuestran la tenacidad de un dibujante, muy consciente de lo que su público espera de él. Los temas sacros responden al concepto de la imaginería religiosa que ama el sano gusto popular, además de acreditar ciertos recursos de composición.

*Francisco Mateos,
en la Sala Buchholz*

En el caso de este cabal pintor, puede hablarse de una verdadera superación: de un alentado progreso. Puede hablarse de esto, y simultáneamente —aquí, creo, reside la fuerza de su singular empresa— de una gran fidelidad a su manera de entender y de realizar: de una manera en la que se conjugan lo visionario, lo fantástico, lo puramente inventado con un creciente rigor, incluso con un realismo virulento.

El mundo simbólico de Mateos es el mismo de su telas más viejas. Una suerte de antropoide de característica silueta, una fauna de significación humana, epilepsiada de gesto, rellena acaso más de tiza que de sangre, patética y sarcástica a la vez, verdaderas larvas de su criatura, tremendo guiñol, protagonizan casi invariablemente estas amplias telas. Dada la insistencia con que el pintor las utiliza, me parece más justo hablar, a estas alturas, de una interpretación *sui generis*, de un mundo que, en la plástica de Mateos, se realiza según una convicción peculiar, y que no puede ser más que «el que es», que no es un capricho o una estilización arbitraria.

Lo cierto es que esta faústica concepción cobra más y más verosimilitud a medida que el pintor acrecienta y expugna sus medios expresivos. En tal sentido se verifica sobre todo la superación de que hablaba. Mateos pinta cada vez mejor. La pasta, la riqueza

tonal, lo que hace el oficio plástico, llegan en su actual exposición a un efectivo tangible vigor. A una rigurosa belleza. La paleta es infinitamente más seductora que en anteriores etapas, siendo también menos estridente y menos licuosa. Antes podía parecer, a veces, que su color iluminaba sus esquemas lineales, superponiéndose a ellos sin que la congruencia de aquél y de éste llegase a alcanzar verdadera sustancialidad. Ahora, tal frustración se ha salvado, y color y dibujo se integran con solidez, prestigiándose y razonándose recíprocamente, en unitarias armonías, de un espesor, de una gravedad, de una articulada eficacia.

Goya, que hablaba un lenguaje al que no es del todo ajeno el de Mateos, decía que el sueño de la razón produce monstruos. Yo pienso que cuando estos sueños se configuran sobre una convicción emotiva y un prestigio artesano tan vibrantes como los de Mateos, aquellos monstruos acaban teniendo razón. Pienso en esto, y pienso en la importante realidad, que este pintor cumple entre nosotros, de un puro y recio expresionista ibérico, que se iguala más y más a la fecunda eminencia de un James Ensor o de un Georges Rouault.

Fernando Sáez, en la Sala Clan

Me ha sorprendido en el sentido más favorable para este fino artista, su exposición de proyectos murales. Me constaba ya su gran calidad de ilustrador —dotado, como tal, de una de las líneas más apretadas y sensibles, entre los cultivadores de esta especialidad—, ahora deberá reconocerse en él a un colorista delicado y al inventor de una técnica llamada acaso a un brillante futuro.

Sáez maneja el óleo sobre papel de una forma inédita. El color, una vez establecido, es sometido a un proceso de rayados, raspaduras y mordientes que multiplican su elocuencia, prestándole esa ilustre condición que adquiere el muro a lo largo de los siglos. Como su dibujo es en extremo firme, y su color siempre refinado, el resultado, estas estampas de remeros y jinetes exóticos, vienen a ser de una sutil condición pictórica y poética.

El poder expresivo de tales esbozos es grande. Sus líneas se realizan, dentro de la habitual pequeñez de formato, según cálculos tan grandiosos, que, materialmente, estas reducidas páginas estallan de contenido plástico y parecen exigir la gran dimensión mural para verificarse gustosamente. Para encontrar su medida idónea de vastas decoraciones, llenas de gracia y de enérgico simbolismo.

Apuntadas tales virtudes, yo no puedo desear al pintor más que la ocasión para realizar en grande estos proyectos decorativos, con la conciencia de que le sobran méritos para ello. Y de que, en todo caso, lo que ha conseguido ya nos da derecho a esperar importantes realizaciones de esta firma.

